

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XXV.

MADRID 1.º DE OCTUBRE DE 1898.

NÚM. 293.

DONATIVO DE LA
BIBLIOTECA NACIONAL
DE MADRID
1940



EL SALVAMENTO DE NÁUFRAGOS

EL SALVAMENTO DE NÁUFRAGOS.

Entre tanta multitud de Sociedades como la civilización moderna, impregnada de cristianismo aun sin saberlo ella, está erigiendo, es una de las más dignas de loa y del auxilio de todos los buenos, la Sociedad destinada á salvar en lo posible á tantos como un día y otro están expuestos al naufragio. ¡Cuán terrible debe ser la situación de un náufrago! Lejos de su familia, lejos de la compañía de los hombres, lejos de la tierra firme, sostenido en una débil tabla, que como ligera arista es arrollada, volteada y sacudida por el viento, todo para él se presenta negro y triste. ¿No es, pues, una de las obras más grandes de amor proveer de alguna manera á su angustiosa situación? El cómo, es difícil de idearlo, pero la Sociedad que toma sobre sí empeño tan humanitario, ha escogitado, está escogitando y no cejará, los medios de realizarlo. Bendiga el Señor sus esfuerzos. Y los cristianos evangélicos, cuyo lema es el amor, inspirados en el inmenso amor de Jesús, que ofreció su vida en rescate de los que estábamos perdidos, deben secundar con sus esfuerzos, con su ayuda material, y, sobre todo, con sus oraciones, á los náufragos.

LA PEOR HERENCIA

Un padre al morir deja sus *bienes* entre sus hijos. ¿Y los males? ¿No los de-

ja? Sí, aunque parezca extraño. Los padres, estando tan íntimamente relacionados con sus hijos, comunican á éstos los males de que adolecen.

No nos fijemos en las enfermedades contagiosas y terribles, que forman la herencia principal legada por ciertos padres. Tratemos de los vicios.

Constantemente oímos á algunos padres de familia quejarse del desenfreno de sus hijos.

—No es por falta de consejos ni de rigor—dicen algunos muy satisfechos.

—Pero—pienso yo—es por sobra de mal ejemplo.

Hace poco murió un niño de pecho á consecuencia de una congestión alcohólica, porque la madre le dió rom para *entretenerle* el hambre. Un hermano me cuenta que él se emborrachaba de muy corta edad: su padre, que tenía una taberna, lo subía al mostrador, y el mismo padre ó los parroquianos le daban de beber, pues les gustaba ver al *borrachito*.

Pero, si hay algo más criminal que esto, lo es, sin duda, despertar la niñez del hermoso sueño de la inocencia. Amaestrar el pensamiento, los ojos, los labios y las manos para el mal, ¡qué infamia! No obstante, hay padres miserables que ellos mismos arrojan las primeras sombras á la conciencia de sus hijos. No les dicen: Haz esto, haz aquello, pero lo hacen en presencia de ellos, les dan el mal ejemplo, y eso es de más seguros resultados para la perdición, que las palabras más intencionadas.

El poder del mal ejemplo es irresistible, y más cuando viene de los padres. Agréguese á esto la facilidad con que los niños se acomodan á decir y á hacer lo que ven y oyen. Por eso basta con que los padres den mal ejemplo al hijo para que hereden todos los defectos y vicios de ellos por una ley natural y hasta inevitable.

Pero ¡qué herencia! Los vicios, fuente de dolores y desvergüenzas; amarga copa en que se bebe la degradación; algo sombrío y fatal que nos convierte en miserables. ¡Y recibir todo esto del padre ó de la madre, esa doble encarnación de la Providencia!..... Apenas se concibe; pero sucede todos los días con tanta naturalidad como el que el sol alumbra.

PARÁBOLA

Un príncipe fué á su viña para examinarla; se acercó á un durazno y dijo:

—¿Qué estás haciendo para mí?

El árbol le dijo:

—En la primavera doy flores y lleno el aire de fragancia, y de mis ramas cuelga la fruta que después los hombres recogerán y llevarán al palacio para tí.

Y el príncipe dijo:

—Bien está; buen siervo y fiel.

Se acercó al arce y le dijo:

—¿Qué estás haciendo?

Y el arce le contestó:

—Estoy construyendo nidos para los

pájaros y sombra para el ganado, con mis hojas y mis ramas extendidas.

El príncipe le dijo:

—Bien está; buen siervo y fiel.

Fué hacia los prados y dijo al ondulante césped:

—¿Y tú qué haces?

Y el césped le dijo:

—Estamos sacrificando nuestra vida por la vida de los otros; por las ovejas y el ganado, para que puedan nutrirse.

—Y el príncipe le dijo:

—Bien está, siervos buenos y fieles, que sacrificáis la vida por otros.

Después se acercó á una margarita que crecía en la barda y le dijo:

—¿Qué estás haciendo tú?

Y la margarita le respondió:

—Nada, nada. No puedo hacer nidos para los pájaros, ni dar sombra al ganado, ni puedo mandar fruta á palacio. Ni aun puedo proveer alimento para las ovejas y el ganado; ellos no me quieren en el prado. Todo lo que puedo hacer es ser la mejor margarita que pueda haber.

Y el príncipe se inclinó y besando á la margarita le dijo:

—No hay nadie que sea mejor que tú.

LA LUNA

Creemos que casi todo el mundo sabe ya lo que son lo que los astrónomos llaman fases de la Luna: son las varias apariencias que presenta el disco en in-

tervalo de veintinueve días y medio, cuarenta y cuatro minutos y tres segundos, y que se reproducen periódicamente en el mismo orden. El mismo período se llama *lunación ó mes lunar*; empieza y acaba en el momento de la *luna nueva*, en la época en que nuestro satélite, en conjunción con el sol, ha desaparecido entre sus rayos.

La luz apacible y plateada que el disco lunar extiende sobre el panorama de nuestras noches terrestres, ha inspirado á más de un poeta y á más de un artista. Con todo, no es necesario ser artista ni literato para gozar de los atractivos de una noche aclarada por los rayos de la Luna, y para admirar los juegos de luz que se producen cuando el viento ahuyenta las nubes que se colocan ante su disco, y cuando las masas vaporosas, tan pronto negras como brillantes, varias veces la eclipsan y la marcan. La naturaleza del panorama, además, influye mucho á esta clase de impresiones alegres y melancólicas, graciosas ó severas, que la disposición de espíritu particular al espectador hace aún más variables.

En presencia de los fenómenos naturales, la ciencia tiene otras preocupaciones que las del arte ó de la poesía: muy lejos de buscar armonías ó contrastes con nuestras emociones personales, ella se esfuerza en despegarlas de ese género de influencia, de la cual, además, no desconoce las consecuencias. Lo que ante todo quiere es estudiar estos fenómenos en ellos mismos, y notar las particula-

ridades y descubrir las leyes que los dirigen. Así, mientras que los poetas ó los pintores han agotado por mucho tiempo, en sus lienzos, todo género de hermosura que pueda ofrecer el panorama aclarado por la luz de la Luna, la ciencia no ha resuelto todavía todos los problemas que se pueden presentar sobre esta luz.

Lo que se sabe de cierto es que la luz lunar no es otra cosa que la del sol reflejada en el espacio y hacia nuestro planeta por el suelo de nuestro satélite.

La parte brillante de la luna, la que aclara el sol directamente, varía de forma en el curso de una lunación entera, desde el fino creciente luminoso de la luna nueva y de la última fase, hasta el círculo entero que presenta el astro en su lleno.

Pero, además de esta luz bastante resplandeciente, y de la cual acabamos de ver cual es su intensidad comparada á la del sol, el disco luminoso ofrece en su parte oscura, en algunas fases, un brillo mucho más débil, conocido con el nombre de *luz cenicienta*. La luz cenicienta es agradable observándola con nuestra vista natural. Todo el mundo puede verla algunos días antes ó después de la luna nueva, cuando nuestro satélite aparece con la forma de un creciente delgado. Toda la parte del hemisferio se vuelve hacia nosotros; la que no hieren los rayos del sol, se ve con todo distintamente terminando el círculo del disco. Su brillo es débil y como fosforescente. *(Se continuará.)*



CURACIÓN DE UN CIEGO

CURACIÓN DE UN CIEGO

Luc. 18. 35-43.

«Yo soy la luz del mundo» dijo un día Jesucristo. Por eso los que creen en Jesús y andan con Jesús, gozan de perfecta luz, y cualesquiera que sean los acontecimientos de la vida, hallan en Jesús la explicación cumplida de todos, sean prósperos ó adversos.

Los que no creen en Jesús, Hijo de Dios y Redentor del mundo, aunque le atribuyan otros títulos y prerrogativas inferiores, andan en tinieblas, no aciertan á explicarse, no ya los misterios de la vida, sino hasta los acontecimientos más sencillos de ella. Andan á tientas, y dan lastimosos tropezones, y caen.

Sin sol no hay luz ninguna, pues la luna que alumbra nuestras noches, del sol recibe la luz que nos refleja. Sin Jesús, sin la fe en Él, sin la aceptación completa de su Evangelio, no hay más que tinieblas y obscuridad. Hay libros que enseñan cosas muy buenas; hay inteligencias que están á mucha altura sobre las de sus semejantes, no puede negarse; hay conciencias que dictan juicios muy ajustados sobre muchos problemas de la vida. Pero en medio de todo ¡son tan cortas las luces que dan! Es tan pequeña la fuerza de nuestra vista natural, que á veinte pasos descubre sólo los objetos de gran tamaño, á ciento ni los grandes ni los pequeños, á mil no ve más que nieblas; mas viene el antejo, el telescopio, ¡y cuánto abarcan! En los grandes problemas de la vida, la

razón natural, la conciencia de algunos, ve algo; pero viene el telescopio de la fe, viene el santo Evangelio, viene Jesús, y proyecta una luz brillante, brillantísima, y ve el hombre con mucha claridad cosas que antes no podía explicarse.

Los que rechazan el Evangelio, los que no se alumbran con él, incurren en errores mil, van ciegos, queriendo guiar á otros ciegos, y no sólo caen ellos, sino que en su caída arrastran á los que de ellos se fían.

Mas no sólo cura Jesús la ceguera de las almas, sino que, como nuestra lámina representa, cura también la ceguera de los cuerpos. Muchos hoy se extrañan de que tales milagros, que este es su nombre, no se verifiquen hoy como entonces y en los tiempos apostólicos. La respuesta es muy obvia; porque no hay fe. Tuviera hoy un ciego la fe que tenía el de nuestra historia, y el brazo de Jesús no está acortado. Tuviese hoy una madre la fe que tenía la de Samaria, y su hija sería sana. Jesucristo era el Médico de las almas y de los cuerpos, y Jesucristo «es el mismo ayer, hoy y por los siglos.» El que á Jesucristo va no vuelve vacío.

Lo que hace falta es clamar á Jesús, como el ciego de Jericó: «Jesús, hijo de David, ten misericordia de mí.» Y aunque la muchedumbre nos mande callar, nosotros, como aquel ciego, insistiremos clamando más fuerte: «Jesús, ten misericordia de mí.»



REGLAS DE CONDUCTA

PARA NIÑOS Y ADULTOS

- 1.^a Buscad buena compañía ó ninguna.
- 2.^a Nunca seais perezosos; si vuestras manos no pueden estar bien ocupadas, atended al cultivo de vuestra inteligencia.
- 3.^a Hablad siempre la verdad.
- 4.^a Sed parcios en las promesas, y esas cumplidlas.
- 5.^a Cuando habléis á una persona, miradla de frente.
- 6.^a La buena compañía y la buena conversación fomentan la verdad y el bien.
- 7.^a El buen carácter es preferible á todo lo demás.
- 8.^a Si alguna persona habla mal de vosotros, haced vuestra vida tal que nadie le crea.
- 9.^a Nunca bebais licores embriagantes.
- 10.^a Cuando os acostéis, pensad en lo que habéis hecho durante el día.
- 11.^a Nunca juguéis á juegos de azar.
- 12.^a Evitad la tentación, no sea que no la podais resistir.
- 13.^a Ganad el dinero antes de gastarlo.
- 14.^a Nunca pidais prestado si es posible evitarlo.
- 15.^a Nunca habléis mal de nadie.
- 16.^a Conservaos inocentes si queréis ser felices.

LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACION.)

—¿Quereis hacer el favor de callar? No son más negras que vosotras, *señorita* Rosa;—respondió la tía Dinah, que creía que la última indicación iba dirigida á ella.—Quereis echáros las de blancas, pero ni sois blancas, ni negras. Por mi parte, quiero mejor ser lo uno ó lo otro.

La señorita Ofelia, viendo que nadie quería encargarse del cuidado de limpiar y arreglar á la recién venida, tuvo que hacerlo ella misma, ayudada por Juana la mulata, que se prestó á ello de mal talante.

Jamás oídos delicados podrían oír el relato de la primera limpieza de una niña maltratada y medio salvaje, sin aturdirse grandemente. El hecho es que miles de criaturas viven aquí abajo en un estado, cuya sola descripción conmovería los nervios de una gran parte de sus semejantes. La señorita Ofelia, dotada de un carácter firme y resuelto, terminó heroicamente su trabajo hasta en sus pormenores más minuciosos y repugnantes, aunque dicho sea en verdad, con un aire no muy agradable, porque la paciencia era en aquellos momentos el mejor sentimiento que sus principios podían darle. Además, cuando vió en la espalda y en los hombros de la niña anchas cicatrices, señales evidentes del sistema bajo el cual había vivido, su corazón se enterneció de piedad.

—Mire usted,—dijo Juana enseñan-



do las cicatrices;—¿no hace esto ver su malicia? Ya nos dará que hacer; se lo garantizo; no puedo sufrir á estos negritos..... Esto es una peste. ¿Pero cómo la habrá comprado el amito?

La niña escuchaba todas sus observaciones con el aspecto triste y sumiso que parecía caracterizarla, dirigiendo de vez en cuando, á hurtadillas, una mirada penetrante hacia los pendientes de Juana.

Cuando, por fin, quedó arreglada decentemente, y su erizada cabellera cayó bajo la acción de las tijeras, miss Ofelia declaró, con cierta satisfacción, que ya tenía un aire un poco más cristiano, y empezó á meditar un plan de educación á su manera.

Se sentó enfrente de ella, y comenzó á preguntarla:

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé, señorita — respondió la negrita con una sonrisa que le hizo enseñar todos los dientes.

—¿No sabes los años que tienes? ¿No te lo ha dicho nadie? ¿Quién era tu madre?

—¡No la he tenido nunca! — dijo la niña con otra sonrisa.

—¿No tienes madre? ¿Que dices? ¿Dónde naciste?

—Yo no he nacido nunca—dijo sonriendo una vez más.

—No me debes responder así, niña; —dijo miss Ofelia con cierta severidad.

—Dime dónde has nacido, y quiénes son tu padre y tu madre.

—No he nacido nunca—exclamó la

criaturita, con un tono aún más resuelto: no he tenido ni padre, ni madre, ni nada. La tía vieja Gue, tenía cuidado de nosotros.

—¿Cuánto tiempo has estado en casa de tu antiguo amo?

—No sé, señorita.

—¿Un año? ¿Más, ó menos?

—No sé, señorita.

—¿Has oído hablar de Dios, Topsy? La niña parecía asombrada, y repitió su habitual sonrisa.

—¿Sabes tú quién te ha creado?

—Nadie, con toda seguridad; — dijo la niña, y se echó á reir.

A juzgar por el brillo de sus ojos, esta idea parecía divertirle mucho, y dijo:

—Supongo que he brotado, no pienso que nadie me haya creado.

—¿Sabes coser?—preguntó miss Ofelia, decidiéndose á hacerle preguntas más sencillas.

—No, señorita.

—¿Qué sabes, pues, hacer? ¿En qué te empleaban en casa de tus amos?

—Iba á buscar agua, lavaba los platos, limpiaba los cuchillos y servía á los parroquianos.

—¿Te trataban bien tus amos?

—¡Ya lo creo!—dijo la niña, mirando astutamente á su ama.

Aquí terminó miss Ofelia este valiente diálogo; Saint Clare estaba apoyado sobre el respaldo de su silla.

—Aquí tienes una tierra virgen, prima; planta ahí tus ideas, no tienes que quitar raíz ninguna.

(Se continuará.)

1. A - la - bad al Se - ñor, na - cio - nes to - das, A -

la - bad al Se - ñor, to - dos los pue - - - blos: Que

su mi - se - ri - - cor - dia so - - be - - ra - - - na Con

su ex - ten - sión a - - bra - za al u - ni - - ver - - - so.

2.

Alabadle porque ahora se confirma
 Cuando nos da los mismos privilegios,
 Y veis que la verdad de sus promesas
 Es tan eterna como el Dios eterno.

3.

Benedicid al Señor de los señores,
 Pues es él solo que domina y reina,
 Y que todo lo puede cuando quiere,
 Y sus misericordias son eternas.



SI ME AMAIS, GUARDAD

MIS MANDAMIENTOS

Una pobre madre, rendida por sus muchos trabajos, enfermó. ¿Quién echará mano á los quehaceres de la casa?

Juanito le dijo:

—Te quiero mucho, mamá—y luego se puso su sombrero y se salió á mecerse en el columpio y divertirse en el jardín.

Josefina la abrazó, diciendo:

—Te amo mucho, mamá; siento que estés enferma—y después se puso de tan mal humor, que la mamá se sintió aliviada cuando ella se salió á jugar con el gatito.

Entonces Francisca se acercó, y le dijo:

—Mamá, te quiero; hoy no hay escuela; te ayudaré en lo que pueda—y meció la cuna hasta que el niño se durmió, y barrió y aseó la salita.

Todo el día anduvo haciendo lo que era más necesario, mostrando por sus dulces cantos la tranquilidad y alegría de su alma.

A la hora de acostarse, los tres niños besaron á su mamá, y volvieron á expresar su cariño.

Digan mis lectores, en la opinión de la mamá y suya, ¿cuál de ellos la amaría más?

Si amais al Salvador no olvidéis la anécdota. Algunos; con himnos y oraciones, durante todo el día del domingo, le dicen que le aman, pero luego parece que por toda la semana se olvidan de

él. Viven como si no hubiera Salvador.

Algún día nos encontraremos en su presencia inmediata. No permita Dios que Él tenga que decirnos: «No os conozco. Cantábais mis himnos, pero *olvidábais mis mandamientos*».

A LA BONDAD DE DIOS

Proclamen las naciones,
Divulguen cielo y tierra,
Del Dios tres veces Santo
La paternal clemencia.

Mas ¿quién, Ser inefable,
Quién hay que cantar pueda
De tu poder las obras,
De tu bondad las muestras?

Eres, mi Dios, sí, eres
Misericordia inmensa,
Poder inenarrable,
Fidelidad suprema.

Eres del triste, gozo,
Del desvalido fuerza,
Del moribundo vida,
Del indigente herencia.

¡Oh Rey Omnipotente;
Tu resplandor me ciega,
Tu majestad me asombra,
Tu excelsitud me aterra!

Mas de tu amor divino
Nos das tan grandes pruebas,
Y tanto á nuestras almas
Por tu piedad te acercas,

Que olvida hasta tu gloria
Mi alma y su miseria,
Pues sólo amante te hallo
Y sólo á amarte acierta.

Tu voz me da consuelo,
 Tu soplo fortaleza,
 Y del abismo obscuro
 Me levanta tu diestra.

¡Oh! Tú jamás desoyes
 Del afligido quejas,
 Ni la esperanza burlas,
 Ni la humildad desdeñas.

Tú de los cielos mandas
 Al Hijo de tu diestra,
 Que nuestras almas salve
 Nos dé la eterna herencia.

Las gracias que hoy te rindo
 Postrado á tu presencia,
 Mi gratitud repita
 Mientras que aliento tenga.

Y en tanto gloria entonen
 Los cielos y la tierra,
 Mil himnos de alabanza
 Llenando las esferas.

G. AVELLANEDA.

TESTIGO FIEL

Federico el Grande de Prusia era incrédulo, mientras que su principal general era cristiano.

Cierto día, el Rey estaba haciendo objeto de sus chanzas groseras al Salvador, y en toda su sala resonaban risotadas de aprobación. Esto era ya demasiado para Von Zealand, el general que había ganado mayor número de batallas para la Prusia, y las más notables también.

Poniéndose en pie el general, con todo el aire marcial de un soldado, enme-

dio del silencio de todos aquellos aduladores, y sacudiendo solemnemente su cana cabeza, dijo:

—Señor, sabéis que no he temido la muerte; sabéis que por vos he peleado en treinta y ocho batallas, y que treinta y ocho batallas he ganado; pero, señor, ya mis cabellos están blancos; yo ya soy viejo, y muy pronto tendré que comparecer en la presencia de otro mayor aún que vos, el Potente Dios, el cual me salvó del pecado, el Señor Jesucristo, del cual estais blasfemando, Señor, no puedo oír hablar de mi Salvador como vos lo habéis hecho. Os saludo, pues, señor, como un anciano al borde de la eternidad, y que ama al Salvador.

Y se sentó.

Federico el Grande dijo con voz conmovida:

—General Von Zealand, os suplico que me dispenséis.

Se dispersó la compañía en silencio, y el Rey, aquella noche por primera vez en su vida, reflexionó en que había Uno mayor aún que Federico el Grande de Prusia, al cual su general reverenciaba por encima aún de su visible soberano.

Sé testigo fiel de Cristo con nobleza. Nunca ganarás nada por procurar disimular. Levanta tu cabeza, alza tu frente.

Sé firme por Cristo; testifica como este hombre hizo, y el poder del Hijo de Dios estará contigo.

LA LUNA

(Continuación.)

Arago ha dado un medio para evaluar su intensidad, comparándolo á la constante intensidad de la luz del resto del cerco, pero no sabemos que este proceder haya sido aplicado.

Todo el mundo puede observar que el contorno exterior de la parte brillante del disco parece sensiblemente ultrapasar el contorno de la parte que la luz cenicienta hace visible. Esta es una ilusión producida por el fenómeno óptico de la *irradiación*, que da á los objetos una dimensión aparentemente mucho mayor de lo que ellos son aclarados por una luz más viva.

¿De dónde procede la luz cenicienta? ¿Es un brillo propio de la Luna?

Según la mayor parte de los astrónomos, fué Mastlir el que, en 1596, reconoció que la luz cenicienta es la misma luz de la Tierra, reflejada sobre la Luna por las fases visibles de nuestro globo.

En efecto: la tierra de la Luna se ve con las mismas apariencias que nuestro satélite visto desde la Tierra, únicamente que las fases son inversas de las de la luna.

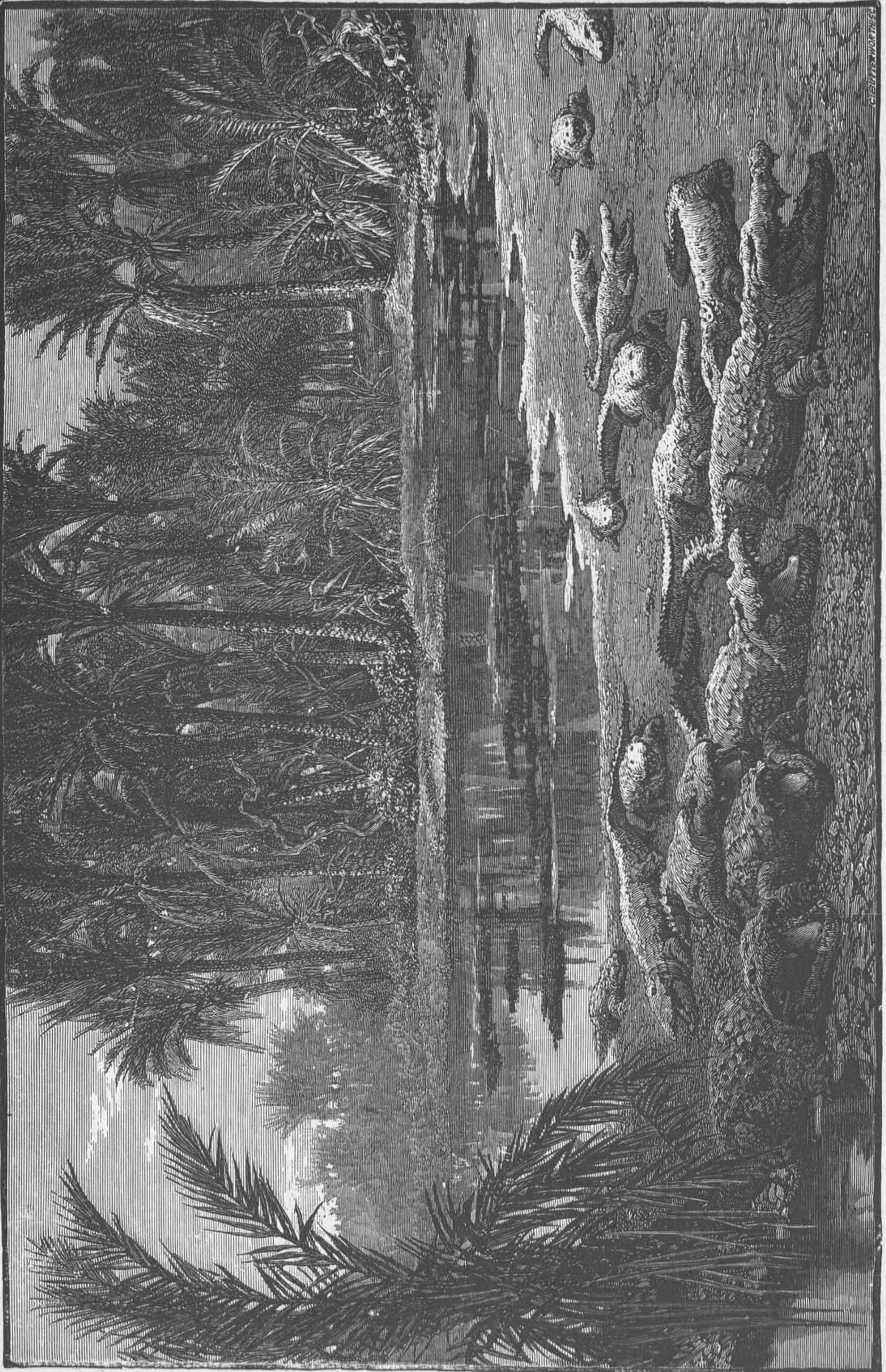
La Luna siempre presenta la misma cara á la Tierra; es el mismo hemisferio el que nosotros vemos siempre.

Si ponemos el ojo en un telescopio que agrande los objetos de treinta á sesenta diámetros, y escogemos la época en que la Luna está al uno ó al otro de sus cuartos, esto es, cuando el disco nos

presenta aclarada su mitad occidental ó su mitad oriental, un espectáculo maravilloso se presenta á nuestra vista. Todas las partes blancas ó brillantes del disco nos aparecen sembradas de una multitud de cavidades de forma circular ú oval, y de muy diversas dimensiones. Estos accidentes de la superficie de la Luna aparecen mejor en las regiones centrales ó mejor sobre los límites de la parte aclarada. Son como tantas copas cuyos bordes, en forma de rampas, se elevan juntas por encima del nivel general y por encima del mismo fondo de la cavidad. Cada una de ellas es vivamente aclarada por el mismo lado de la luz, esto es, en el exterior por el medio cerco que presenta su convexidad á los rayos solares, y en el interior, por la otra mitad del recinto que les presenta su convexidad.

Al lado de la mitad obscura del disco se perciben sombras muy marcadas que acaban de dibujar distintamente la forma general de todos sus accidentes del suelo. El mismo fondo de la copa es tan pronto luminoso, tan pronto de un tinte más oscuro, y en alguna de las cavidades se perciben muy distintamente eminencias que dan sombra sobre el suelo interior.

Este golpe de vista, con la ayuda de un telescopio, sobre el disco de la Luna, nos demuestra evidentemente que el suelo lunar está cubierto de asperidades y de depresiones. Estas asperidades no son otra cosa que las montañas de la luna. *(Se continuará).*



CHEUNG WONG

EL COCODRILO

EL COCODRILO

Cual el águila es llamada la reina del aire, y el león rey de las selvas, el cocodrilo puede decirse que es el rey de las riberas marítimas y fluviales en la zona tórrida. Y aunque algunas veces se le vea atacar con fiereza á los otros animales y al hombre, no es por instinto de fiereza como en el tigre, sino por la necesidad: es noble como el águila y el león.

La forma del cocodrilo es muy semejante á la de los lagartos. Su cabeza es muy larga, achatada y llena de arrugas; su boca se abre hasta más allá de las orejas, y como no tiene labios, está enseñando siempre sus enormes hileras de dientes, lo cual, unido al centelleo de sus ojos, muy próximos uno á otro, le da un aspecto feroz y aterrador. Tiene 36 dientes en la quijada superior y 30 en la inferior. Su cola es larguísima, y su raíz tan gruesa como el cuerpo, del cual es una prolongación. Su cuerpo está cubierto de una armadura, que ni aun las balas pueden penetrar. Es una red de escamas que, de forma cuadrada y durísima, son, sin embargo, tan flexibles que no se rompen. La piel de la parte inferior de su cuerpo es menos dura, y allí dirigen sus golpes de lanza los que se dedican á su caza ó pesca.

El color del cocodrilo contribuye á aumentar el horror que inspira su vista: es un amarillo verdoso más ó menos lívido, con rayas transversales y ondulantes. La longitud de este saurio al-

canza en las regiones que le son más naturales, es decir, en las zonas muy calientes, hasta seis metros. En algunos países no tan cálidos, donde, sin embargo, se dan estos animales, tienen una longitud de dos y tres metros.

La hembra del cocodrilo pone hasta 50 huevos sobre la arena, dejando al calor de la atmósfera ó al de cierta fermentación el cuidado de avivarlos. Y en cuanto sueltan la cáscara corren los pequeños á lanzarse en el agua para buscar su sustento y protección. El cocodrilo se alimenta de cetáceos, gusanos, ranas y lagartos, y él á su vez sirve de alimentación al tigre, al hipopótamo, al jaguar y otros animales voraces. Así se explica el que, procreándose tanto, no existan con tanta abundancia como podía presumirse aunque, como se ve en nuestra lámina, en ciertas partes abundan de una manera espantosa.

El hombre persigue en algunas partes á este animal, distinguiéndose en esto los negros del Senegal, que, lanza en ristre, los sorprenden cuando están durmiendo, y hasta entran tras de ellos en el río ó pantano, si no tienen mucha profundidad.

Ya hemos dicho que este saurio se cría en las orillas de los mares y de los ríos de las zonas muy cálidas; el Nilo es famoso por sus cocodrilos, y también existe en los lagos pantanosos y sábanas de agua, que tanto abundan en la América meridional. El célebre explorador y misionero Livingstone vió en una ocasión á los cocodrilos engullirse

á cuatro de los negros que le acompañaban en el Africa.

NO SE BORRA

—¡No escribas ahí—dijo un señor á su hijo, que escribía con un brillante en un vidrio de la ventana.

—¿Por qué no?

—Porque no se puede borrar.

¿Has pensado, lector, que tú estás escribiendo diariamente en sitios donde no se puede borrar?

Aquella palabra ofensiva que dijiste á tu amigo el otro día, la escribiste en su corazón: allí está todavía, y le duele cada vez que la recuerda. No la puedes borrar.

Esa palabra obscena que dijiste en presencia de aquel muchacho, la escribiste en su imaginación y allí está todavía, no se puede borrar, sino que quedará allí obscureciendo y afeando la ventana de su alma para siempre.

Nuestra vida es un brillante con el cual estamos escribiendo constantemente en la de otros, cosas buenas ó malas; pero siempre cosas que no pueden ser borradas.



LA CABAÑA DEL TIO TOMÁS.

(CONTINUACIÓN.)

Las ideas de miss Ofelia sobre la educación, como todas las suyas, estaban bien sentadas y definidas. Eran las que dominaban en Nueva Inglaterra hace

unos cien años, y que se encuentran intactas en algunos rincones retirados y primitivos donde aún no han penetrado las vías férreas. Se resumían en pocas palabras: enseñar á los niños á escuchar cuando se les habla, enseñarles el catecismo, lectura y costura y castigarles cuando mienten.

Pronto fue mirada Topsy en la casa como propiedad de la señorita Ofelia. Esta, notando que no se la hacía muy buena acogida en la cocina, tuvo que adoptar su propio cuarto como teatro de educación. En lugar de hacer ella misma su cama, barrer la habitación y limpiar el polvo de los muebles, trabajos que había tomado hasta entonces, no obstante los ofrecimientos de su doncella, se condenó al martirio de enseñar á Topsy todas estas operaciones.

La primera mañana, miss Ofelia condujo á Topsy á su cuarto y empezó con toda solemnidad un curso instructivo sobre el misterioso arte de hacer una cama.

Ya tenemos, pues, á Topsy lavada, deshechas las sortijas de sus cabellos, delicias suyas, vestida con ropa limpia y con un delantal muy almidonado. Está respetuosamente delante de miss Ofelia, con un aspecto tan grave como si asistiese á un entierro.

—Y ahora, Topsy, voy á enseñarte á hacer mi cama—empezó miss Ofelia.— Soy muy exigente en este punto y es necesario que sepas hacerla perfectamente. Fíjate bien: llevas primero la sábana de abajo por encima de la cabece-

ra, así; después, á los pies, la metes por debajo del colchón, muy igual y muy estirada..... de este modo, ¿ves?

—Sí, señora—dijo Topsy con profunda atención.

—Y ahora la sábana de arriba—continuó miss Ofelia—debe ponerse de esta manera, muy bien puesta y sin arrugas, así..... el festón estrecho se pone siempre hacia los pies.

—Sí, señora—volvió á decir Topsy.

Pero nosotros añadiremos lo que miss Ofelia no vió. Mientras la buena señorita estaba vuelta de espaldas, con el celo de sus demostraciones, la joven alumna había cogido una cinta y un par de guantes, deslizándolo hábilmente en sus mangas. Cuando se volvió miss Ofelia, tomó su posición primera.

—Ahora, Topsy, vamos á ver cómo te las arreglas—dijo miss Ofelia, sentándose, después de haber quitado las sábanas.

Con asombrosa destreza, Topsy repitió la lección, á satisfacción completa de la señorita Ofelia. Juntó bien las sábanas, pasó la mano por la arruga más pequeña y acabó su tarea con tal formali-

dad que entusiasmó á su institutriz. Pero apenas había terminado, cuando un endiablado movimiento hizo salir por una de las mangas un poquito del extremo de la cinta, llamando en seguida la atención de miss Ofelia.

Inmediatamente lo cogió la señorita.

—¿Qué es eso, mala niña? ¿Me has robado esto?—exclamó.

Sacó la cinta de la manga de Topsy, sin que por eso se desconcertase lo más mínimo; la miraba, por el contrario, con aire de sorpresa y de inocencia.

—¡Hombre! ¿No es esta la cinta de la señorita? ¿Cómo se encuentra en mi manga?

—¡Topsy, mala niña, no mientas! ¡Tú has sido la que ha robado la cinta!

—No, señorita, le aseguro á usted que no; esta es la primera vez en mi vida que la veo.

—Topsy, ¿no sabes que es malo mentir?

—Yo no miento nunca, señorita—respondió Topsy con afectada seriedad—yo no le he dicho á usted más que la verdad. *(Se continuará.)*

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO MENSUAL ILUSTRADO.

PRECIOS DE SUSCRICION: Por un año: en Madrid, Ptas. 2; en Provincias, Ptas. 2'50

Se suscribe en la Administracion, Librería Nacional y Extranjera, Madrid, calle de Jacometrezo, 59. Remítase el importe en sellos de franqueo, ó en letras de fácil cobro.

MADRID 1898.—Imp. de Idamor Moreno Cruzado, Suc. de J. Cruzado, Blasco de Garay, 9.